

na, del medio día y de la tarde en varios lugares, y señala la caída del sol por estos términos, *inter duas vespere*, y la tarde con el nombre de *vespere*. No se ve por sus libros que en su tiempo tuviesen los Hebreos otro modo de dividir las partes del día. La noche se dividía en tres partes, el anochecer, *vespere*, la media noche y la vigilia de la mañana, *vigilia matutina* (1).

Nada encontramos acerca de horas hasta el tiempo de Ezequias, en el cual se habla de un reloj, ó de grados señalados por la sombra de los cuales se dice que indicaban las horas (2). Si se encuentra algunas veces el nombre de *horas* en los Setenta, solamente es para significar las estaciones del año, en el mismo sentido en que se toma en Homero y en Hesiodo.

En el nuevo Testamento se halla la noche repartida en cuatro vigilias (3); uso que se tomó de los Romanos. Los Griegos también la han dividido en cuatro, y muchas veces en tres vigilias, siendo este último el modo más antiguo de dividir la noche, como se ha visto atrás. Con respecto al día su división en doce horas se encuentra en San Mateo (4) y en San Juan (5), lo que persuade que los Judios seguían comunmente el modo de contar las horas del día desiguales, según el uso de los Romanos y de los Griegos.

[1] *Ezod* xiv. 24. *Judic* vii. 19. *Thren* ii. 19. *Vide Ps.* lxxix. 6.—[2] Puede verse lo que se dirá en la *Disertacion sobre el retroceso de las sombras del sol en el reloj de Acáz*, al frente de los dos últimos libros de los Reyes, tom. 6.—[3] *Matt.* xiv. 25. *Marc.* vi. 48.—[4] *Matt.* xx. 3. 5. 6.—[5] *Joan.* xi. 9.

PREFACIO GENERAL

SOBRE LOS LIBROS

DEL ANTIGUO TESTAMENTO,

ó

INTRODUCCION PARA LA INTELIGENCIA DE ESTOS DIVINOS LIBROS.

Los libros canónicos que forman el cuerpo de las Divinas Escrituras del Antiguo y Nuevo Testamento, se refieren todos al grande objeto de nuestra fe, al misterio de Jesucristo prometido á los patriarcas, anunciado por los profetas, descrito por los evangelistas, predicado en toda la tierra por los apóstoles. *Jesucristo es el fin de la ley* (1), dice San Pablo. *Yo soy de quien Moises ha escrito* (2), dice este Divino Salvador. *Es menester, añade, que todo lo que se ha escrito de mí en la ley de Moises, en los Profetas y en los Salmos, se cumpla* (3). Toda la tradicion está de acuerdo en que todos los libros del Antiguo Testamento se refieren mas ó ménos directamente á Jesucristo ó á la Iglesia que es su cuerpo. Los libros del Nuevo Testamento hablan abiertamente del libertador que nos fue dado en la persona de Jesucristo; los del Antiguo lo predicen y lo anuncian bajo velos y sombras. En él tuvieron su cumplimiento todas las figuras, todos los sacrificios, todas las profecías. El Antiguo Testamento es la prediccion y la figura de los misterios contenidos en el Nuevo; este es el cumplimiento y la manifestacion de los misterios anunciados y figurados en el Antiguo; uno y otro se refieren á Jesucristo: *Finis legis Christus*.

Conviene pues establecer aquí en primer lugar las pruebas que confirman esta verdad, *que Jesucristo es el fin de la ley*: en segundo, los principios que pueden servirnos para entender cómo Jesucristo es el fin de la ley: en tercero, las reglas que deben conducirnos en la aplicacion de estos principios.

Jesucristo es el fin de la ley.

¿Cómo Jesucristo es el fin de la ley?

¿Por qué señales se puede reconocer á Jesucristo en la ley, cuyo fin es él mismo?

Hé aquí los tres puntos principales que nos proponemos tratar para facilitar la inteligencia de los misterios contenidos en los libros del Antiguo Testamento.

(1) *Rom.* x. 4.—(2) *Joan.* v. 46.—(3) *Luc.* xxiv. 44.

PUNTO PRIMERO.

Jesucristo es el fin de la ley: á el y á su Iglesia nos conducen todos los libros del Antiguo Testamento.

Antes de todo, es menester reconocer con San Pedro, que ninguna profecía de la Divina Escritura se explica bien por una interpretación privada; porque, dice este apóstol, las antiguas profecías no nos han venido por la voluntad de los hombres; sino que los hombres santos de Dios han hablado movidos por el Espíritu Santo (1). No debemos pues juzgar del sentido de las Divinas Escrituras por nuestro propio espíritu, sino que debemos recibir del Espíritu de Dios la inteligencia de estos libros santos; en la cual nos instruye por la Escritura misma y por la tradición. Estas son las dos antorchas que deben guiar nuestros pasos en el estudio de los libros divinamente inspirados.

La Escritura y la tradición concurren á probar esta importante verdad, que *Jesucristo es el fin de la ley*, es decir, que *Jesucristo y su Iglesia son el grande objeto á que nos conducen todos los libros del Antiguo Testamento*. Pero para ceñirnos á los límites que debemos prescribirnos, nos atenderemos principalmente á las pruebas sacadas de la Escritura misma; ellas son la base de las que podríamos sacar de la tradición. Nos limitaremos pues á las que nos ofrecen los Santos Evangelios, los hechos de los apóstoles, sus epístolas y el Apocalipsis.

I.
Pruebas sacadas de las palabras mismas de Jesucristo.

I. En el Evangelio, Jesucristo mismo recuerda frecuentemente las antiguas Escrituras, y demuestra que él es su objeto. Desde el principio de su predicación, hablando á Nicodemus (2), se compara á la serpiente de bronce levantada por Moises en el desierto. En la Sinagoga de Nazaret, declara (3) á los Judios que él es el libertador anunciado por Isaías, y en cuyo nombre habló este profeta. En otra ocasión dice á los mismos: „Vosotros leéis con cuidado las Escrituras, porque creís encontrar en ellas la vida eterna, ellas mismas dan testimonio de mí.” (4) Despues concluye diciendo: „Si vosotros creyeseis á Moises, me creeríais tambien, porque yo soi de quien él ha escrito.” (5) Jesucristo prueba su misión á los discípulos de Juan Bautista (6) por los milagros que deben caracterizarlo segun Isaías. El declara al pueblo (7) que Juan Bautista su precursor, es el mismo que fue anunciado por Malaquias, y que es (8) en algun sentido el Elias de que habla aquel profeta. Declara á los escribas y fariseos (9) que fue representado en la persona de Jonás. Descubre á sus discípulos (10), en la ceguedad y endurecimiento de los Judios, la verificación de lo que habia anunciado Isaías. Dice al pueblo (11) que Moisés dándoles el maná no les habia dado el pan del cielo; sino que él mismo es el verdadero pan vivo bajado del cielo. Explica á los Judios de su tiempo (12) que de ellos habló

(1) 2. Pet. i. 20. 21.—(2) Joan. iii. 14.—(3) Luc. iv. 16. et seqq.—(4) Joan. v. 39.—(5) Ibid. 46.—(6) Matt. xi. 4. 5. Luc. vii. 22.—(7) Matt. xi. 10. Luc. vii. 27.—(8) Matt. xi. 14.—(9) Matt. xii. 40.—(10) Matt. xiii. 14. 15. Marc. iv. 12. Luc. viii. 10.—(11) Joan. vi. 32. et seqq.—(12) Matt. xv. 7. 8. Marc. vii. 6.

Isaías describiendo su hipocresía. Repite á sus discípulos (1), que aunque Elias debe venir algun dia, podia decirse sin embargo, que ya habia venido en la persona de Juan Bautista su precursor. Comparándose una segunda vez con Jonás (2), se compara tambien con Salomon. Declarando á los Judios que él es el buen pastor (3), les hace entender que él es aquel pastor único dos veces anunciado por Ezequiel. Compara (4) los dias de Noé y los dias de Lot, es decir, los dias del diluvio universal y los de la ruina de Sodoma, con los de su última venida y del fin del mundo. Aplica á los Judios de su tiempo (5) la reprension que Jeremías habia hecho á sus abuelos, de haber convertido la casa de su padre en cueva de ladrones. Recuerda á los príncipes de los sacerdotes (6) dos sentencias de los Salmos, de las cuales una anuncia el testimonio que le daban los niños, y la otra el desprecio injusto que debia sufrir de los príncipes de su pueblo, siendo él mismo la piedra angular desechada por los arquitectos. Arguye á los Fariseos (7) con el testimonio de David, que lo llama su Señor, aunque debia ser su hijo. Anunciando á sus discípulos la próxima desolacion y ruina de Jerusalem, les muestra en este suceso (8) el cumplimiento de la célebre profecía de Daniel sobre las setenta semanas que terminarian con su muerte; y compara segunda vez (9) los dias de Noé, esto es, del diluvio con los de su segunda venida. Predice á sus discípulos su pasión próxima (10) como anunciada por los profetas. Les recuerda otras dos sentencias de los Salmos (11), de las cuales una habla de la perfidia de Judas, y la otra del odio injusto de los Judios sus enemigos. Les previene (12) la ignominia de que segun Isaías será cubierto, y la dispersion de los mismos apóstoles (13) profetizada por Zacarias como efecto del golpe que se descargará en él. Caminando para el Calvario asegura á las hijas de Jerusalem (14) la destruccion cercana de su ciudad, valiéndose de las mismas palabras de Oseas. Crucificado clama (15) en alta voz *Eli, Eli*, como se lee en San Mateo, ó *Eloi, Eloi* como dice San Marcos, *lamma sabacthani*, que son en siriaco las mismas con que comienza en el texto Hebreo el Salmo xxi; y prorrumpiendo en una última fuerte exclamacion, recuerda (16) las del Salmo xxx, diciendo: *Padre mio, en vuestras manos encomiendo mi espíritu*. En fin, despues de su resurreccion conversando con los dos discípulos de Emmaus, les reprende (17) su tardanza en creer todo lo que habian dicho los profetas: „¿No era menester, les dice, que el Cristo padeciese todas estas cosas, y asi entrase en su gloria? Despues comenzando por Moises y continuando por todos los profetas, les explicaba en todas las Escrituras lo que habian dicho de él.” En otra aparicion dice á los apóstoles: „Vosotros veis lo que yo os habia dicho cuando estaba todavia con vosotros; que

(1) Matt. xvii. 11. 12. Marc. ix. 12.—(2) Luc. xi. 30. 31.—(3) Joan. x. 11. et seqq.—(4) Luc. xvii. 26. et seqq.—(5) Matt. xxi. 13. Marc. xi. 17. Luc. xix. 46.—(6) Matt. xxi. 16. 42. Marc. xii. 10. Luc. xx. 17.—(7) Matt. xxii. 42. et seqq. Marc. xii. 35. et seqq. Luc. xx. 41. et seqq.—(8) Matt. xxiv. 15. Marc. xiii. 14. Luc. xxi. 20.—(9) Matt. xxiv. 37. et seqq.—(10) Matt. xxvi. 24. 54. 56. Marc. xiv. 21. Luc. xxii. 22.—(11) Joan. xiii. 18. xv. 25.—(12) Luc. xxii. 37.—(13) Matt. xxvi. 31. Marc. xiv. 27.—(14) Luc. xxiii. 30.—(15) Matt. xxvii. 46. Marc. xv. 34.—(16) Luc. xxiii. 46.—(17) Luc. xxiv. 25. et seqq.

„era menester que se cumpliera todo lo que se ha escrito de mí „en la ley de Moises, en los Profetas y en los Salmos.” (1) Al mismo tiempo, añade el Santo Evangelista, *les abrió el sentido para que entendiesen las Escrituras*. Las Escrituras Divinas del Antiguo Testamento son un libro misterioso cuyos secretos no descubre el hombre carnal; pero el espiritual instruido por el Espíritu de Dios, ve por todas partes en la ley, en los Salmos y en los Profetas, es decir en los libros históricos, en los legales, en los morales y proféticos el gran misterio de Jesucristo y de su Iglesia.

II.
Pruebas sacadas de los testimonios de San Mateo.

II. En efecto, á mas de los testimonios que recibimos de la misma boca de Jesucristo, los Santos Evangelistas tienen gran cuidado de mostrárnoslo en las antiguas Escrituras. San Mateo desde el principio de su Evangelio tiene cuidado de manifestarnos en Jesucristo el cumplimiento de lo que los profetas habian anunciado; y repite muchas veces: *Todo esto se hizo para cumplir lo que el Señor habia dicho por uno de sus profetas* (2). El nos descubre en Isaías (3) el parto de la Virgen Santa; en Miqueas (4) el lugar del nacimiento del Salvador; en Oseas (5) su viaje á Egipto, de donde Dios su Padre lo llama; en Jeremías, (6) la degollacion de los niños cerca de Belen; en Isaías, (7) la predicacion de San Juan Bautista, la mansion (8) del Señor sobre los confines de Zabulon y de Neftali, el empeño (9) que toma en librarnos de nuestras llagas y enfermedades cargándose de ellas; el carácter de dulzura (10) que distingue su conducta aun para sus enemigos en todo el tiempo de su ministerio público. El mismo evangelista nos muestra en el lenguaje parábólico de Jesucristo, (11) el cumplimiento de lo que habia dicho por David: *Yo abriré mi boca para hablar en parábolas*; y por esta sola palabra nos enseña que el lenguaje de David aun en los Salmos que parecen mas históricos, es parábólico como el de Jesucristo en el Evangelio; de donde se sigue que toda la historia del pueblo antiguo es una grande parábola que representa á Jesucristo y á su Iglesia: en fin (12), nos hace observar en Zacarías y en los Salmos diversas circunstancias de la pasion del Salvador.

III.
Pruebas sacadas de los testimonios de San Marcos.

III. San Marcos, en el principio de su Evangelio, (13) nos hace advertir en Malaquías y en Isaías la profecía de la venida y predicacion de San Juan Bautista, precursor de Jesucristo. Refiere (14) la mayor parte de los testimonios que hemos tomado de las palabras de Jesucristo y que ya habia referido; San Mateo: nos hace advertir (15) finalmente, en Jesucristo crucificado en medio de dos ladrones, el cumplimiento de lo que Isaías habia profetizado, diciendo que seria puesto entre los perversos.

IV.
Pruebas sacadas de los testimonios de San Lucas.

IV. San Lucas refiere (16) las palabras que el ángel Gabriel dirigió á la Virgen, anunciándole que iba á ser madre del Salvador, y que manifiestan que este mismo era el Hijo prometido á David, y cuyo milagroso nacimiento del seno de una Virgen ha-

[1] Luc. xxiv. 44. 45.—[2] Matt. i. 22. et seqq.—[3] Matt. i. 22. 23.—[4] Matt. ii. 5. 6.—[5] Ibid. 15.—[6] Ibid. 17. 18.—[7] Matt. iii. 3.—[8] Matt. iv. 13. et seqq.—[9] Matt. viii. 16. 17.—[10] Matt. xii. 17. et seqq.—[11] Matt. xiii. 34. 35.—[12] Matt. xxi. 4. 5 xxvii. 9. 35. et 43.—[13] Marc. i. 2. 3.—[14] Marc. iv. 12. et seqq.—[15] Marc. xvi. 28.—[16] Luc. i. 31. 32.

bia profetizado Isaías, y los cánticos de la Virgen, (1) de Zacarías, (2) padre de San Juan Bautista, y del Santo viejo Simeon, (3) en los que el Salvador es presentado como el objeto de las promesas hechas á los patriarcas, y de los oráculos pronunciados por los profetas. A ejemplo de San Mateo y de San Marcos nos muestra en Isaías (4) la predicacion de San Juan Bautista. Y añade á los demas la aplicacion importante que el Señor hizo á sí mismo en la sinagoga de Nazaret (5) de una de las mas célebres profecías de Isaías: y refiere (6) la mayor parte de las otras sentencias, por las que el Salvador nos enseña á reconocerlo en las antiguas Escrituras, y que tambien mencionan San Mateo y San Marcos. El es quien nos dice (7) la notable conversacion de Jesucristo con los discípulos de Emmaus.

V.
Pruebas sacadas de los testimonios de San Juan

V. En el evangelio de San Juan oimos desde luego al Bautista declarar (8) lo que dijeron los otros tres evangelistas, que él era la voz que segun Isaías, debia resonar en el desierto: oimos al Santo precursor decir y repetir [9] que Jesucristo es el *Cordero de Dios*, esto es, la víctima figurada por todas las que ofrecian los Judios, y principalmente por el Cordero Pascual: oimos despues á Felipe instruir á Natanael en lo que tantos testimonios y autoridades han confirmado despues. „Hemos encontrado, dice, á aquel „de quien escribió Moises en la ley y que anunciaron los profetas, á Jesus de Nazaret, hijo de José (10).” San Juan nos hace observar (11), que habiendo visto los discípulos el celo de Jesucristo por el templo de Dios su Padre, se acordaron de lo que estaba escrito sobre esto en los Salmos, y este recuerdo los confirmó en la fe de las Divinas Escrituras en las que descubrian todas las circunstancias de la vida del Salvador. Refiere (12) muchas de las palabras de Jesucristo que hemos citado en los otros evangelistas. Nos hace observar tambien (13) que aunque la entrada triunfante del Señor en Jerusalem fuese el cumplimiento bien claro de lo que habia dicho Zacarías, como nota San Mateo; sin embargo, los discípulos en aquel tiempo no pusieron atencion en circunstancias tan bien caracterizadas; pero despues de la Ascension advirtieron, que estas cosas estaban escritas y anunciado lo que ellos mismos habian hecho respecto de su Maestro. Nos señala en Isaías (14) dos predicciones sobre la infidelidad de los Judios, nos declara que este profeta vió la gloria de Jesucristo, y nos habla de él al describir su divina vision. Muestra tambien (15) en los Salmos la division de los vestidos de Jesucristo crucificado, el vinagre que se le presentó en su sed: nos hace ver (16) su imágen en el Cordero Pascual, cuyos huesos estaba prohibido quebrantar, siendo él la verdadera víctima de nuestra Pascua, cuyos huesos no fueron quebrantados. Cita en Zacarías la prediccion de la herida hecha en el costado del Salvador con una lanza: y junta á los dos últimos

(1) Luc. i. 46. et seqq.—[2] Ibid. 68. et seqq.—[3] Luc. ii. 29. et seqq.—[4] Luc. iii. 4. et seqq.—[5] Luc. iv. 16. et seqq.—[6] Luc. vii. 22. et seqq.—[7] Luc. xxiv. 25. et seqq.—[8] Joan. i. 23.—[9] Ibid. 29. 36.—[10] Ibid. 45.—[11] Joan. ii. 17. 22.—[12] Joan. iii. 14. et seqq.—[13] Joan. xii. 14. et seqq.—[14] Ibid. 37. et seqq.—[15] Joan. xix. 24. et seqq.—[16] Ibid. 36. et 37.

testimonios esta importante advertencia: *Esto se hizo para que la Escritura se cumpliese.* (1) ¡Cuántas riquezas están, pues, encerradas en las Divinas Escrituras, si circunstancias apenas perceptibles contienen sin embargo profecías expresas que señalan hasta los pormenores del gran misterio de Jesucristo y deben verificarse en él!

VI. Abramos el libro de los hechos de los apóstoles. San Pedro nos descubre en los Salmos (2) el castigo de los Judios incrédulos, y en particular del pérfido Judas; en Joel, (3) la efusion del Espíritu Santo sobre los discípulos de Jesucristo; en los Salmos (4) su Resurreccion y Ascension á la diestra de su Padre; en el Deuteronomio, (5) su mision como el verdadero Profeta anunciado por Moises; en los Salmos, (6) su gloria como piedra angular, despues de haber sido desechado por los gefes de su pueblo. Los fieles de Jerusalem nos indican unánimes en el salmo segundo (7) la persecucion de los Judios y gentiles contra el establecimiento del reino de Jesucristo. San Esteban recuerda á los Judios todo lo que Dios habia hecho por sus padres, y en especial (8) la promesa de enviarles este Profeta anunciado por boca de Moises. El diácono Felipe encuentra al eunuco de la reina de Etiopia ocupado de la célebre Profecía de Isaías acerca del misterio de la pasion del Mesias, y comienza (9) á anunciarle á Jesus por este lugar de la Escritura. San Pedro declara (10) que todos los profetas testifican, que cualquiera que crea en Jesucristo recibirá por su nombre el perdon de sus pecados. San Pablo, en la sinagoga de Antioquia de Pisidia, manifiesta en la promesa hecha á David (11) el nacimiento de Jesucristo: en los Salmos, (12) su resurreccion; en Habacuc, (13) la amenaza de los castigos prontos á caer sobre los Judios incrédulos. Santiago el menor nos manifiesta (14) en Amós la conversion de los gentiles. San Pablo preso en Roma, predicando á los Judios, los estrecha á creer en Jesus (15) por las pruebas sacadas de Moises y de los profetas, y al ver su dureza les declara (16) que se cumplirá en ellos la célebre profecía del Cap. vi. de Isaías. En fin, San Lucas tres veces en este libro (17) nos refiere lo que Jesucristo dijo á San Pablo cuando lo derribó: *Saulo, Saulo ¿por qué me persigues?* Jesucristo no dijo, como advierte San Agustín, porqué persigues á mis discípulos, á mis hermanos, ó á mis miembros; sino porqué me persigues, para mostrarnos, que como dice en el Evangelio, mira como hecho á él mismo lo que se hace con sus miembros, porque estos forman con él un solo cuerpo de que es la cabeza; advertencia, segun el mismo Santo, muy importante para la inteligencia de las antiguas Escrituras, y sobre todo, de los Salmos, en que Jesucristo habla frecuentemente en nombre de su Iglesia y de sus miembros como si hablase en nombre propio. Mas escuchemos ya á los apóstoles en sus epístolas.

(1) Joan. xix. 36.—(2) Act. i. 16. et seqq.—(3) Act. ii. 16. et seqq.—(4) Act. 25. et seqq.—(5) Act. m. 21.—(6) Act. iv. 2.—(7) Act. iv. 25. et seqq.—(8) Act. vii. 37.—(9) Act. viii. 35.—(10) Act. x. 43.—(11) Act. xiii. 14. et seqq.—(12) Act. xiii. 33. et seqq.—(13) Act. xiii. 40. et 41.—(14) Act. xv. 15. et seqq.—(15) Act. xxviii. 23.—(16) Act. xxviii. 25. et seqq.—(17) Act. ix. 4. xxii. 7. xxvi. 14.

VI.
Pruebas sacadas de los hechos de los apóstoles.

VII. Si leemos la epístola de San Pablo á los Romanos, veremos á este apóstol manifestando á los fieles en Abraham (1) el padre de los creyentes y el modelo de la fe que justifica; en Isaac (2) la imágen de los hijos de la promesa; en la diferencia que Dios pone entre Jacob y Esau (3) el símbolo de la que hay entre los elegidos y los réprobos; en la persona de Faraon (4), la figura de los pecadores endurecidos. Allí nos presenta á Moises (5) anunciando la incredulidad y reprobacion de los Judios, la vocacion gratuita de los gentiles á la fe, y la substitucion de estos en lugar de los Judios incrédulos: en los Salmos (6) la corrupcion universal de los hombres, lo gratuito (7) de la justificacion, los oprobios (8) de que Jesucristo fue cubierto, los males (9) á que deben estar expuestos sus discípulos, la reprobacion (10) de los Judios incrédulos, la vocacion (11) gratuita de los gentiles á la fe; en Isaías (12) la incredulidad de los Judios y su reprobacion, las prerogativas (13) de la fe de Jesucristo, los grandes bienes (14) anunciados por el Evangelio, la vocacion (15) gratuita de los gentiles, la conversion (16) futura de los Judios, el homenaje universal (17) que se rendirá á Jesucristo en el gran día de su última venida; en Jeremías (18) otra profecía de la conversion futura de los Judios; en Oseas (19) la vocacion de los gentiles; en Joel (20) las prerogativas de la fe; y en Nahum (21) los grandes bienes que nos anuncia el Evangelio.

VIII. La primera epístola á los Corintios está llena de principios luminosos para la inteligencia de las antiguas Escrituras. Allí (22) mostrándonos en la inmolation del Cordero pascual la de Jesucristo que llama nuestra Pascua, quiere que pongamos de nuestra parte los ázimos de la sinceridad y de la verdad: y proponiéndose probar el derecho de los ministros del Evangelio para vivir de su predicacion, cita esta ley de Moises: *No atarás la boca al buey que trilla,* (23) y al deducir su prueba nos explica el espíritu de esta ley. „Porque, dice, ¿Quiere Dios cuidar de los bueyes? (24) „¿No es mas bien por nosotros por quienes dió este precepto? Sí, „sin duda por nosotros se escribió esto.” En esta epístola se asienta el gran principio de que nosotros somos representados por los Israelitas, y de que lo que les sucedió es la figura de lo que nos sucede á nosotros: (25) que las aguas del mar que atravesaron y las de la nube bajo la cual caminaban, representan las aguas en que hemos sido bautizados: que ellos comian un alimento espiritual, comiendo el maná que representaba el Pan Eucarístico, bajo cuyas especies está el mismo Jesucristo: que ellos bebieron una agua espiritual salida de una piedra tambien espiritual (26), cuando bebieron la agua sacada de la roca, símbolo de la gracia que procede de Jesucris-

VII.
Pruebas sacadas de la epístola á los Romanos.

VIII.
Pruebas sacadas de la primera epístola á los Corintios.

[1] Rom. iv. 1. et seqq.—[2] Rom. ix. 7. et seqq.—[3] Rom. ix. 10. et seqq.—[4] Rom. ix. 17. et seqq.—[5] Rom. x. 19. xi. 8. xv. 10.—[6] Rom. iii. 10. et seqq.—[7] Rom. iv. 6. et seqq.—[8] Rom. xv. 3.—[9] Rom. viii. 36.—[10] Rom. xi. 9. et seqq.—[11] Rom. xv. 9. et 11.—[12] Rom. ix. 27. et seqq.—[13] Rom. x. 2.—[14] Rom. x. 15.—[15] Rom. x. 20. xv. 12. et 21.—[16] Rom. xi. 26.—[17] Rom. xiv. 2.—[18] Rom. xi. 27.—[19] Rom. ix. 25. et 26.—[20] Rom. x. 13.—[21] Rom. x. 15.—[22] 1. Cor. v. 7. et 8.—[23] 1. Cor. ix. 8. et seqq.—[24] 1. Cor. ix. 9. et 10.—[25] 1. Cor. x. 1. et seqq. *Ibid.* v. 6.—[26] 1. Cor. x. 4.

to figurado por esta piedra; que su idolatría, su fornicacion, la temeridad con que tentaron al Señor y lo irritaron con sus murmuraciones, los castigos en fin que cayeron sobre ellos, son otras tantas figuras, (1) que enseñándonos los crímenes que debemos evitar y los castigos que debemos temer, están destinadas á instruirnos á nosotros *en quienes han llegado los últimos tiempos*. En general nos advierte que la muerte y la resurreccion de Jesucristo (2) son el cumplimiento de lo que habian dicho las divinas Escrituras. Nos manifiesta en los Salmos (3) el soberano dominio de Jesucristo y el poder de su reino. Compara á Adán, primer hombre (4) con Jesucristo á quien llama segundo y nuevo Adán: y nos muestra en Isaías y en Oseas (5) su victoria sobre la muerte, y la inmortalidad de sus elegidos.

IX.
Pruebas sacadas de la segunda epístola á los Corintios.

IX. En la segunda epístola á los fieles de la misma Iglesia, compara (6) el velo que cubria el rostro de Moises con el que está sobre el corazon de los Judios: nos manifiesta en la Iglesia de Jesucristo (7) el nuevo mundo y el nuevo orden de criaturas, anunciado por Isaías, el tiempo favorable, los dias de salud indicados por el mismo profeta, y cumplidos en los dias del Evangelio (8), en las palabras de Moises, de Isaías y de Jeremias (9) los caracteres de la nueva alianza, y en la tentacion de Eva, (10) la imágen de las que debemos temer.

X.
Pruebas sacadas de la epístola á los Gálatas.

X. La epístola á los Gálatas nos ofrece tambien puntos muy útiles para la inteligencia de las antiguas Escrituras. En efecto, San Pablo nos asegura en ella (11) que lo que se dijo de *Abraham y de sus dos mugeres contiene una alegoría; que estas dos mugeres* representan las dos alianzas del Señor con los hombres, ó segun su expresion los dos Testamentos: que la primera alianza se hizo sobre el monte Sinaí, y que por sí misma no engendraba sino esclavos, y es representada por Agar: que Agar es en figura lo mismo que el Sinaí monte de Arabia, que en sentido misterioso corresponde á la Jerusalem terrestre y del siglo presente, la cual con sus hijos es esclava; y que en fin, á mas de esta Jerusalem de la tierra, representada por Agar, hay otra Jerusalem de lo alto verdaderamente libre, y esta es la Iglesia nuestra madre, representada por Sara. Nos hace ver en Isaías (12) estas dos esposas del Señor, una estéril por mucho tiempo como Sara, pero que despues la aventaja en fecundidad, y afirma que *nosotros somos los hijos de la promesa figurados en Isaac*: (13) y en la expulsion (14) de Ismael, excluido de la herencia de Isaac, hijo de la muger libre, presenta la imágen de la reprobacion del Judío carnal excluido de la herencia de los hijos de la Iglesia; porque *nosotros*, dice, *no somos hijos de la esclava* sino de la muger libre (15). Testimonio bien precioso que nos descubre en las divinas Escrituras un fondo de riquezas que acaso no se habrian sospechado ó que

[1] 1. Cor. x. 11.—[2] 1. Cor. xv. 3. et 4.—[3] 1. Cor. xv. 25. et seqq.—[4] 1. Cor. xv. 45. et seqq.—[5] 1. Cor. xv. 54. et 55.—[6] 2. Cor. iii. 13. et seqq.—[7] 2. Cor. v. 17.—[8] 2. Cor. vi. 2.—[9] 2. Cor. vi. 16. et seqq.—[10] 2. Cor. xi. 3.—[11] Gal. iv. 22. et seqq. Ibid. 24. et seqq. Ibid. 25. Ibid. 26.—[12] Ibid. 27.—[13] Ibid. 28.—[14] Ibid. 30.—[15] Ibid. 31.

se habrian disputado por lo ménos, si el Espíritu Santo que dirigia la pluma del Apóstol, no diese en este lugar la mas perfecta autenticidad á esta alegoría tan admirable y tan fecunda.

XI. Podriamos recordar aquí muchos testimonios de la epístola á los Efesios. Nos limitaremos á uno solo. En ella es (1) donde las palabras de Adán sobre la union íntima que contraen los esposos, llegando á hacerse una sola y misma carne, San Pablo nos descubre el grande é inefable misterio de la union íntima de Jesucristo con la Iglesia su esposa tan estrechamente unida con él, que ambos no tienen en efecto sino una sola y misma carne; de donde San Agustin concluye (2) que estando Jesucristo y su Iglesia unidos de este modo en una misma carne, no debemos admirarnos de que en los Salmos tengan una misma voz.

Pasaremos en silencio los testimonios que pudiéramos sacar todavía de las epístolas á los Colosenses y á los Filipenses, de las dos á los Tesalonicenses, y de las dos á Timoteo. Es menester abreviar.

XII. Las epístolas á Tito y Filemon nada contienen relativo á nuestro objeto. Pero la dirigida á los Hebreos está llena de una multitud de pruebas que confirman el gran principio que tratamos de establecer. San Pablo reúne (3) desde luego en ella solo del libro de los Salmos seis pruebas de la divinidad de Jesucristo. El nos hace ver (4) en este mismo libro las humillaciones y la gloria del Salvador. Compara despues (5) á Moises con Jesucristo, y el descanso (6) á que los Israelitas fueron introducidos, con aquel á que nosotros somos llamados. Con esta ocasion pasa (7) al descanso en que el Señor entró despues de la creacion y cuya memoria conserva el sábado; é infiere de ahí que habrá un sábado (8) es decir, un reposo para el pueblo de Dios, que debe entrar un dia en el descanso del mismo Dios. Y muestra en los Salmos (9) el sacerdocio de Jesucristo que compara con el de Aaron y con el de Melquisedec. Observa (10) que Melquisedec fue una de las figuras mas expresas de Jesucristo, no solo por su sacerdocio que lo hizo superior al patriarca Abraham, sino tambien por su nombre que significa rey de justicia; por su título, rey de Salem, que significa rey de paz, por el silencio de la Escritura que no designándole *padre, ni madre, ni genealogía, ni principio, ni fin*, lo asemeja al Hijo de Dios (11) que permanece sacerdote para siempre. Compara (12) el santuario terrestre y el tabernáculo levantado por Moises, con el santuario celestial y el *tabernáculo verdadero fabricado por Dios mismo* y no por algun hombre. Nos declara que el culto á que servian los sacerdotes y levitas de la antigua ley (13) no era sino la imágen y la sombra de las cosas celestiales: compara (14) la antigua alianza con la nueva que nos muestra expresamente anunciada por Jeremias: nos asegura (15) que las ceremonias de este antiguo culto contienen una *parábola*

XI.
Pruebas sacadas de la epístola á los Efesios.

XII.
Pruebas sacadas de la epístola á los Hebreos.

[1] Eph. v. 31. et 32.—[2] Enar. in Ps. cxliiii. n. 3.—[3] Hebr. i. 5 et seqq.—[4] Hebr. ii. 6. et seqq.—[5] Hebr. iii. 2. et seqq.—[6] Ibid. v. 7. et seqq.—[7] Hebr. iv. 4. et seqq.—[8] Ibid. v. 9.—[9] Hebr. v. 4. et seqq.—[10] Hebr. vii. 1. et seqq.—[11] Hebr. vii. 3.—[12] Hebr. viii. 2. et seqq.—[13] Hebr. viii. 5.—[14] Ibid. 6. et seqq.—[15] Hebr. ix. 9.